

# NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

## ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

## ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

## POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

## ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

## CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

TARIQ ALI

## ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

### *Réplica a Asef Bayat*

**S**EGÚN ESCRIBÍA IBN Jaldún en la «Introducción» a sus *Muqaddimah* [Prolegómenos], «la dinastía y el gobierno son como la plaza del mercado, a la que todo el mundo lleva sus productos convertidos en ciencias y artes». Aquel erudito del siglo XIV elaboró una nueva metodología para entender la historia basándose en su estudio del Magreb y en una crítica de la obra de los historiadores árabes de los siglos precedentes. Basta sustituir «dinastía y gobierno» por «Washington» o la «comunidad internacional» para poder aplicar sin más sus palabras a estos tiempos:

Todos acuden con la esperanza de obtener favores del poder a cambio de leyendas y anécdotas, ya que lo que es bien recibido en la corte complace igualmente al pueblo. Cuando la dinastía y el gobierno proceden con espíritu franco, libre de pasiones y parcialidades, de despotismo y fraude; cuando avanzan por una recta senda sin apartarse de ella, las mercancías que se intercambian en ese mercado son como plata pura y oro fino. Pero cuando predominan intereses y rivalidades egoístas, o ganan influencia los intrigantes faltos de honradez, en el mercado solo quedan abalorios y aleaciones de baja calidad. En todo caso, para juzgar el valor de las cosas, el crítico inteligente debe llevar consigo su propia balanza, examinando esto, admirando aquello y eligiendo lo de más allá<sup>1</sup>.

Si uno mira a su alrededor en el mundo árabe, dos años después de los levantamientos de la primavera de 2011, ¿cómo debe juzgar los resultados una escena política fragmentada en Egipto y Túnez, batallas latentes en Yemen, anarquía armada en Libia, guerra civil en Siria, crisis gubernamental en Líbano, dura represión en Bahreín, mayor peso regional de

---

<sup>1</sup> Ibn Khaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History*, Princeton, 1967, pp. 23-24.

Arabia Saudí y Qatar? ¿Pueden distinguirse pautas en el presente árabe? El meditado artículo «Malos tiempos para la revolución» de Asef Bayat es una interesante contribución para un primer balance<sup>2</sup>. Bayat ofrece una categorización de las diversas estrategias de oposición –reformista, insurreccional, «reforlucionaria»– encuadradas en un amplio marco histórico comparativo. En cierto sentido, argumenta, esta es una época madura para la revolución: la bancarrota de la democracia liberal y la falta de responsabilidad de los gobiernos frente a crecientes niveles de desigualdad y privación, bruscamente exacerbados por la crisis financiera, han creado un *impasse* político que parecería exigir un cambio revolucionario. Sin embargo, la firmeza de la ideología neoliberal y las derrotas sufridas por anteriores corrientes revolucionarias –anticolonial, marxista-leninista, islamista– han socavado sus posibilidades: faltan «tanto medios como visión». En consecuencia, argumenta, los adversarios de las dictaduras de Egipto y Túnez adoptaron una estrategia de «reforlución»: movilizaciones de masas que pretendían obligar al régimen a autorreformarse, más que a derrocarlo. Solo allí donde regímenes intransigentes respondieron con la fuerza armada –Libia, Siria–, los «reforlucionarios» se vieron obligados a pasar a la insurrección abierta (con el respaldo de la OTAN) y al derrocamiento violento del régimen.

Bayat recurre al término «reforlución» [*refolution*] del paladín de la Guerra Fría Timothy Garton Ash, quien lo acuñó para describir el proceso de liberalización en Polonia y Hungría en la primavera de 1989. Admite, no obstante, que los procesos políticos iniciados en Túnez y Egipto no pretendían transformaciones económicas fundamentales, comparables a las derivadas de aquellas negociaciones en Europa central. En ese sentido, argumenta, la Revolución Rosa en Georgia en 2003 o la versión Naranja en Ucrania en 2004-2005 serían aproximaciones más cercanas, aunque carentes de la carga liberadora desencadenada en toda la sociedad egipcia por la ocupación de la plaza Tahrir. Bayat concluye tomando prestada la idea de Raymond Williams de la «larga revolución» como una posible estrategia para un «cambio democrático significativo». ¿Cómo cabe valorar esas sugerencias?

### *Terminologías*

Bayat subraya acertadamente la carencia de medios y de perspectiva para un derrocamiento revolucionario de esos regímenes, así como la profundidad y escala de las energías insurreccionales desencadenadas en Egipto,

---

<sup>2</sup> Asef Bayat, «Malos tiempos para la revolución», *NLR* 80, marzo-abril de 2013.

Yemen y Túnez. Que la transposición del neologismo «reforlución» sirva o no de ayuda para captar esas realidades es otra cuestión. Su empleo original se refería a un proceso muy diferente. Garton Ash aludía a las negociaciones que estaban teniendo lugar entre el Estado y los representantes de la oposición en Budapest y Varsovia, donde *apparatchiks* «ilustrados» ponían en escena una «retirada sin precedentes», ofreciendo compartir el poder, inscribiéndose en la transición a la democracia parlamentaria y gritándose entre sí: «¡Enriqueceos!» (el propio Garton Ash confesaba que la perspectiva de que los jefes comunistas se convirtieran en magnates capitalistas, como él decía, le provocó un momento de desasosiego)<sup>3</sup>. Con la excepción de Rumanía y la RDA, las movilizaciones en Europa Oriental fueron de una escala relativamente pequeña; las cómodas confabulaciones de la primavera de 1989 estaban a mucha distancia de los anuncios televisados de portavoces uniformados del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas egipcias y las cabezas rotas en la plaza Tahrir.

La «reforlución» tampoco se ajusta a la gran exigencia de 2011: «¡El pueblo quiere la caída del régimen, no su reforma!». Esa terminología conlleva un riesgo obvio de confundir la táctica –que, para cualquier movimiento político decidido y eficaz, será por definición flexible– y los objetivos. Sin embargo, las consignas y el espíritu de la multitud en El Cairo, Suez o Alejandría eran muy claros. No solo Mubarak tenía que irse, sino también sus torturadores –incluido el siniestro Omar Suleiman, a quien el gobierno de Obama señaló en determinado momento como sucesor de Mubarak– y las fuerzas del Ministerio del Interior que habían aterrorizado al país durante décadas. No se apunta excepcionalmente a los militares, pese al papel de un Alto Mando corrupto y colaboracionista que había estado en la nómina de Estados Unidos desde la derrota de 1973. La decisión de los dirigentes de la protesta en febrero de 2011 de evitar el fraccionamiento del ejército, pese a la confraternización de oficiales subalternos y soldados con la multitud, fue probablemente un cálculo táctico erróneo de la correlación de fuerzas, que no albergaba en realidad ningún tipo de ilusiones respecto a las instituciones del Estado de Mubarak. La «reforlución» en el sentido de Bayat, si es que significa algo, es más aplicable a las repúblicas bolivarianas de Sudamérica, modelo firmemente rechazado por los Hermanos Musulmanes y Ennahda [Renacimiento] y trágicamente con muy escaso respaldo entre los oficiales jóvenes.

---

<sup>3</sup> Timothy Garton Ash, «Refolution, the Springtime of Two Nations», *The New York Review of Books*, 15 de junio de 1989.

La terminología de Bayat tampoco es de gran ayuda en cuanto al contenido social y político-económico de las revueltas árabes. Ahí la analogía con Europa central en 1989 se desmorona por completo. Los países del COMECON, contrapartidas orientales de las socialdemocracias occidentales, eran en esencia social-dictaduras, en su mayor parte muy urbanizadas, con grandes sectores industriales y dispositivos sociales, educativos y culturales que beneficiaban a la mayoría de los ciudadanos, como señala G. M. Tamás en otro artículo de este mismo número<sup>4</sup>. Durante las décadas de 1970 y 1980 grandes sectores de las burocracias gobernantes se sintieron atraídos por la panacea del mercado. Una vez que se llegó a un acuerdo con la oposición procapitalista, los recortes en el gasto propios de la terapia de choque y las privatizaciones destruyeron las estructuras sociales existentes y desmantelaron gran parte de la industria autóctona, mientras las empresas occidentales aniquilaban la competencia. En comparación, la industrialización por sustitución de importaciones en las repúblicas árabes fue siempre mucho más limitada y los trabajadores nunca fueron tan valorados como bajo el socialismo de Estado. La pobreza rural es muy profunda; en torno a las principales ciudades proliferan enormes barriadas de chabolas; el desempleo entre los jóvenes es desesperadamente alto. El gobierno de Sadat ya desmanteló buena parte de su limitado Estado de bienestar y se embarcó en un programa de privatizaciones. Los servicios sociales son esqueléticos, y consisten principalmente en subsidios para alimentos y combustibles; las mezquitas –los «arribistas» de Bayat– proporcionan la mayor parte de los cuidados sanitarios y la educación que pueden recibir los pobres. El neoliberalismo ha servido principalmente, como todos saben, para beneficiar a los compinches más corruptos del régimen. Los disturbios sociales y las huelgas han sido reprimidos una y otra vez, pero nunca han desaparecido del todo. Cómo articular las reivindicaciones políticas y económicas sigue siendo un problema estratégico clave para los movimientos de protesta.

### *Dimensiones ausentes*

También es importante señalar que las categorías políticas abstractas de Bayat –reforma, revolución, algo intermedio– excluyen cualquier posible análisis de la correlación de fuerzas en presencia. Si los levantamientos árabes comenzaron como rebeliones autóctonas contra Estados policiales corruptos y privaciones sociales, se internacionalizaron rápidamente

---

<sup>4</sup> G. M. Tamás, «Palabras desde Budapest», *NLR* 80, marzo-abril de 2013.

cuando las potencias occidentales y los vecinos regionales entraron en la refriega. En su deseo de encontrar analogías para el presente árabe en el pasado europeo, Bayat subestima el efecto concreto del imperialismo occidental en toda la región. Las fronteras actuales de los países árabes fueron establecidas por los vencedores en la Primera Guerra Mundial e incluían una declaración del Gabinete británico –a la que se opuso su único miembro judío– en la que se comprometía a facilitar la creación en Palestina de un hogar nacional para los judíos europeos, emprendiendo así la expropiación, desarraigo y expulsión de grandes sectores de la población palestina nativa con el objetivo de desalojar el terreno para el Estado de Israel. No puede hacerse un análisis correcto de los problemas actuales del mundo árabe sin examinar el papel desempeñado por la principal fuerza militar y diplomática en la región, los Estados Unidos de América; y dada la influencia del *lobby* israelí en la política exterior estadounidense, no puede valorarse adecuadamente ese papel sin tener en cuenta la cuestión Israel-Palestina.

Las razones por las que han pervivido los regímenes despóticos en todo el mundo árabe, mucho después de que las dictaduras de la Guerra Fría fueran desmanteladas en América Latina, África y gran parte de Asia, residen en gran medida en la intrincada lógica de la celosa custodia de Washington sobre el petróleo de la región y la influencia de Israel sobre su política en Oriente Próximo. Unas elecciones libres corrían el riesgo de llevar al poder a los islamistas, quienes podrían actuar en consonancia con su retórica pro Palestina. La naturaleza del excepcionalismo del mundo árabe frente a la creciente «tercera ola» de democratización quedó palmariamente demostrada en Argelia, donde se podría decir que comenzó la Primavera Árabe en 1988. Tras una semana de protestas masivas, el régimen del FLN acordó celebrar elecciones, primero municipales, y a continuación, en 1990, para la Asamblea Nacional, justo cuando la masiva fuerza militar estadounidense enviada a la primera Guerra del Golfo estaba despertando la ira popular en toda la región. El mayor partido islamista, el Frente Islámico de Salvación (FIS), obtuvo una gran victoria en la primera ronda de las elecciones a la Asamblea Nacional, después de haber convocado poco antes enormes manifestaciones de masas contra la guerra. Los militares argelinos cancelaron la segunda ronda electoral siguiendo los consejos de Washington y París. A continuación se produjo una terrible y corrupta guerra civil con crímenes atroces por ambas partes hasta llegar al agotamiento, mientras que las masas se retiraban a una amargada pasividad. Las estimaciones más prudentes del número de muertos oscilan entre 100.000 y 200.000, sin

una palabra de protesta de las potencias occidentales. El país no se ha recuperado todavía plenamente de aquel infierno sangriento.

Con ligeras variaciones, los regímenes nacional-populistas que llegaron al poder en las décadas de 1950 y 1960 en Egipto, Siria, Irak, Yemen, Libia y Argelia estaban estructurados –trágicamente– como versiones locales del modelo soviético: un Estado de partido único *de facto*, un grotesco culto a la personalidad que glorificaba al presidente de turno y un monopolio del régimen sobre la política y la información. El colapso de la Unión Soviética dejó a los presidentes vitalicios como malas copias del original. Sus reuniones posando ante las cámaras en las cumbres árabes anuales, como otros tantos viejos automóviles en un rally, fueron cruelmente satirizadas por el poeta iraquí exiliado Muzzaffar al-Nawab. Mientras, las cumbres de la *mujabarat* (policía secreta) se dedicaban a asuntos más serios: la colaboración con el Mossad, el contraste de fichas de los disidentes, la competencia por las víctimas entregadas por los países de la OTAN y, en ocasiones, la juerga macabra sobre los efectos de la tortura sobre estas. Ni los jefes de la *mujabarat* ni sus patrocinadores estadounidenses y europeos sospechaban la magnitud de las inminentes insurrecciones.

### *Intervenciones*

La primera reacción de Washington y París, sorprendidos por los levantamientos de 2011, fue defender a sus vasallos. La ministra de Asuntos Exteriores de Sarkozy, Michèle Alliot-Marie, esperaba que su amigo Ben Alí pudiera mantenerse en el poder mientras se reunían los paracaidistas franceses para defender su régimen, pero ya era demasiado tarde: el oligarca tunecino volaba ya hacia Arabia Saudí. Los intentos del gobierno de Obama por salvar a Mubarak tuvieron que ser abandonados ante los centenares de víctimas mortales en los enfrentamientos; pero en un país tan decisivo estratégicamente como Egipto, Washington contaba con otros instrumentos potenciales. Se mantuvieron conversaciones urgentes con el Alto Mando del ejército; una exigencia estadounidense clave era el compromiso de que los nuevos gobernantes mantuvieran el tratado de 1979 con Israel, que arrebató a Egipto la soberanía sobre toda una franja de su territorio junto a la frontera israelí. Una de las primeras declaraciones del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) al asumir el poder fue precisamente mantenerlo. El CSFA se iba a mostrar como un instrumento grosero y torpe, pero los objetivos inmediatos de Washington habían quedado asegurados.

Después de la ocupación de la plaza Tahrir, las protestas ciudadanas ya no contaban con la ventaja de la sorpresa, y las fuerzas imperiales –junto con los vecinos regionales– consiguieron configurar el resultado de aquellas rebeliones. Bayat señala «el petróleo» y «la brutalidad» como razones para la intervención militar occidental, pero no ofrece ninguna explicación para el tratamiento tan selectivo aplicado por las potencias de la OTAN a los distintos países. Para Washington, los países árabes están clasificados según un cálculo jerárquico de intereses: importancia geoestratégica; proximidad a Israel; petróleo y riqueza; ubicación geográfica; peso demográfico; estatus amigo-enemigo. Egipto, como pivote geoestratégico de la región, ha sido un «amigo» muy estrecho de Estados Unidos desde 1973, solo por detrás de Israel en cuanto a la cantidad de ayuda militar que recibe. El empobrecido Yemen era tratado como un socio subordinado de Arabia Saudí: Estados Unidos mantuvo a Saleh en el poder mientras pudo; solo cuando el ejército se dividió y un ataque con bombas contra la residencia del déspota lo dejó gravemente herido y prácticamente irreconocible, Washington lo trasladó a Riad y propició un gobierno nacional de compromiso en el que seguían predominando los hombres de Saleh.

Las monarquías que deben su propia existencia al imperialismo británico-estadounidense han recibido siempre un trato diferenciado: en Jordania, Arabia Saudí, Omán, Bahréin y los emiratos del Golfo, las dinastías corruptas siguen siendo los árbitros supremos de la vida y la política. En esos «pilares de la estabilidad», los valores occidentales – libertades individuales, derechos humanos, no discriminación contra las mujeres y las minorías– son violados más flagrante y descaradamente que en ningún Estado «canalla», sin apenas un murmullo de desaprobación desde la Casa Blanca. En Bahréin, el Pentágono y el Departamento de Estado aprobaron, como cabía esperar, la intervención militar saudí que ayudó a sectarizar el conflicto –mientras que los jóvenes participantes en la revuelta cantaban: «¡Ni chiíes ni sunníes, somos bahraníes!»– y a aplastar la rebelión. Ese éxito alentó a Riad y Qatar a pasar a la ofensiva en Libia y Siria. Al Yazira, con la aprobación tácita de la Casa Blanca e Israel, se convirtió en el megáfono para la militarización de la Primavera Árabe, siguiendo líneas determinadas por enemistades personales, odio sectario y rivalidad asesina con Irán.

Las repúblicas nacionalistas árabes siempre habían sido contempladas con mayor distanciamiento desde Washington. Libia tenía escasa importancia geoestratégica o peso demográfico; sociológicamente era más



comparable a los países del Golfo, con una población pequeña, mucha mano de obra extranjera y una economía determinada totalmente por las rentas del petróleo. Trípoli había permanecido en la lista de «enemigos» de Washington solo en razón de la retórica de Gadafi, aunque la CIA seguía recurriendo a su experiencia en la persecución de islamistas. Se le dio el plácet oficial en 2003 tras entregar cierta cantidad de equipo nuclear primitivo y entrar a formar parte de la guerra de Occidente contra el terror, al tiempo que la inteligencia británica le entregaba a algunos disidentes libios. Pero a diferencia de Mubarak y Ben Ali, –puros *apparatchiks* a las órdenes de Washington o París–, Gadafi era impredecible. Podía ser violento y revanchista en cualquier momento y acabar al cabo de un mes ofreciendo disculpas a aquellos a quienes había ofendido. La vida de Gadafi estaba en gran medida determinada –y dislocada– por su constante necesidad de adoptar una pose. Era capaz de la fantasía y el autoengaño más extremos a fin de elevarse a sí mismo a un estatus moral e ideológico que en realidad nunca tuvo. Tras su rehabilitación, los asesores occidentales le indujeron a prometer un mercado libre, a mimar a las grandes petroleras y a abrir la prístina línea costera de Libia a la industria turística mundial. Gadafi aceptó, pero siguió prevaricando. Pensaba que podía suavizar el trato de las potencias occidentales simplemente con dinero: contribuyó a financiar la campaña electoral de Sarkozy y la London School of Economics; recibió a lord Giddens, cuyo efusivo elogio afirmando que el *Libro Verde* y la «tercera vía» de Tony Blair (cuyo autor era el propio Giddens) tenían mucho en común no era del todo falso.

Los desvíos y errores más serios de Gadafi –negarse a construir una infraestructura social adecuada, disolviendo las lealtades tribales; brutal represión de los disidentes islamistas– quedaron de manifiesto durante las primeras semanas del levantamiento libio en febrero de 2011; pero una vez que percibió que Occidente había decidido desbancarlo, se mostró dispuesto a negociar<sup>5</sup>. El cuento de las razones humanitarias para la intervención militar, aduciendo que Gadafi estaba decidido a masacrar a su propio pueblo, se basaba únicamente en el reportaje de Al-Yazira sobre un supuesto ametrallamiento de manifestantes por parte de la

---

<sup>5</sup> Horas después de que fuera aprobada la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU el 17 de marzo de 2011, Gadafi ofreció un alto el fuego, en conformidad con la resolución, que fue inmediatamente rechazado por el Consejo Nacional de Transición, confiado en el respaldo occidental. Obama exigió entonces nuevas condiciones que equivalían a una rendición incondicional; las tres subsiguientes ofertas de alto el fuego por parte de Gadafi (abril, mayo, junio) fueron igualmente ignoradas.

fuerza aérea libia, que resultó ser una ficción según el testimonio en el Congreso del secretario de Defensa Gates y el almirante Mullen. Tampoco hubo masacres en Misrata, Zawiya o Ajdabiya cuando las reconquistaron las fuerzas gubernamentales. La advertencia de Gadafi el 17 de marzo de que no habría «compasión» se refería explícitamente a los rebeldes armados de Bengasi, pero ofreció una amnistía y una vía de escape hasta la frontera egipcia a quienes entregaran sus armas. Por muy brutal que fuera el régimen de Gadafi, hay escasas pruebas de que los bombardeos de la OTAN tuvieran como finalidad evitar «el genocidio», «otra Ruanda» o de que, como dijo Obama, «si esperábamos un día más, Bengasi podía sufrir una masacre que habría repercutido en toda la región y habría ultrajado la conciencia del mundo»<sup>6</sup>. Antes de que comenzaran los bombardeos aéreos de la OTAN había menos de 1.000 víctimas mortales; según las estimaciones más prudentes, durante los seis meses de bombardeos murieron entre 8.000 y 10.000 personas, y los aviones de la OTAN no estaban «protegiendo a los civiles», sino disparando contra las fuerzas de Gadafi allí donde las detectaban.

La guerra ha dejado el país fragmentado y fuertemente armado, con el poder en manos de quienes pueden ejercer el monopolio de la violencia en su territorio, mucho más allá del control del Congreso Nacional General elegido en julio de 2012 (se dice que Qatar financió a los dos principales partidos)<sup>7</sup>. El consulado estadounidense en Bengasi, con su anexo de la CIA, fue atacado por milicianos libios en septiembre de 2012, asesinando al embajador<sup>8</sup>. Entretanto, el futuro de la Corporación Petrolera Nacional permanece en secreto, pese a las proclamaciones de «gobernación transparente». El petróleo libio representa el 3,5 por 100 de las reservas mundiales, y si la Corporación Petrolera Nacional fuera privatizada no faltarían compradores.

---

<sup>6</sup> Hugh Roberts, «Who Said Gaddafi Had to Go?», *LRB*, 17 de noviembre de 2011.

<sup>7</sup> Patrick Haimzadeh, «Libya's Unquiet Election», *Le Monde Diplomatique*, julio de 2012.

<sup>8</sup> Según Paula Broadwell, ex amante del general Petraeus, la CIA mantenía prisioneros en ese anexo a milicianos libios y el ataque respondía a un intento de liberarlos. Tal como dijo, «Lo más duro para el general Petraeus era que en su nuevo puesto no le estaba permitido comunicarse con la prensa. Tuvo conocimiento de todo aquello, porque estaba en relación con el jefe de la misión de la en Libia; en menos de veinticuatro horas supieron lo que estaba pasando allí». La desmintió rotundamente las afirmaciones de Broadwell. Véase Max Fisher, «Why did Paula Broadwell think the had taken prisoners in Benghazi?», *The Washington Post*, World Views blog, 12 de noviembre de 2012.

*Fin de partida en Siria*

El Estado policial baazista en Siria, de mucha mayor importancia geoestratégica, ha desempeñado un papel ambivalente en la región, apoyando a Hezbolá en Líbano y dando cobijo a los líderes de Hamás durante muchos años, pero resignándose de hecho a la ocupación israelí de la franja suroccidental del país y poniéndose de parte de Estados Unidos contra Iraq. En algunos aspectos se ha demostrado menos sumiso al orden estadounidense que la mayoría de los Estados de la región: no ha tratado de colaborar con Israel y Occidente, como han hecho Turquía y Jordania, ni ha renunciado parcialmente a su soberanía, como Egipto. Veinte años después del final de la Guerra Fría, Damasco todavía dispone de cierto margen de maniobra, aunque decreciente, entre la OTAN y Rusia. Irán ha sido de gran ayuda en la lucha contra los saudíes por Líbano. Si bien el régimen de Bashar al Assad es más racional que lo era el de Gadafi, sus opciones se ven limitadas por el temor a la venganza y represalias de la mayoría suní contra las minorías alauí y cristiana que han regido siempre el Estado.

Durante muchos meses las protestas populares fueron pacíficas y la fuerza del movimiento no dejó de crecer, como sucedió durante la primera Intifada palestina. Pero las esperanzas iniciales de que la envergadura del levantamiento y su evidente popularidad obligasen al régimen a negociar —se pedían elecciones a una Asamblea que redactara una nueva Constitución— nunca se cumplieron. Existen algunos indicios de que una minoría dentro del régimen estaba a favor de esta vía, pero Assad, que trata de imitar el autoritarismo intransigente de su padre, estaba convencido de que cualquier concesión sería fatal. La creación de campos de entrenamiento en Turquía para el Ejército Libre de Siria en el verano de 2011, el interés declarado de Arabia Saudí en el derrocamiento del régimen baazista —el rey saudí está convencido de que «nada podría debilitar más a Irán que perder Siria», opinión que es ampliamente compartida en Israel, que también desea el desmantelamiento de Hezbolá— y el suministro de armas y dinero de Riad y Qatar a los islamistas sirios a través de Jordania, bajo supervisión de la CIA, solo pueden confirmar la opinión del régimen de que se trata de una ofensiva suní respaldada por potencias extranjeras, y reforzar su intención de atrincherarse y defenderse por medios militares<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> C. J. Chivers y Eric Schmitt, «Arms Airlift to Syria Rebels Expands, with Aid from CIA», *The New York Times*, 24 de marzo de 2013. Sobre la declaración del rey Saud, véase John Hannah, «Responding to Syria: The King's Statement, the President's Hesitation», *Foreign policy* blog, 9 de agosto de 2011, citado en C. Tugal, «Democratic Janissaries? Turkey's Role in the Arab Spring», *NLR* 76, julio-agosto de 2013, pp. 16-17.

Al igual que en Libia, el gobierno de Obama está «liderando desde atrás», canalizando lo que *The New York Times* describe como una «catarata de armamento» a sus grupos preferidos y empujando a los dirigentes de la oposición a unirse y formar un gobierno semitítere, como en Iraq, mientras que unos árabes matan a otros sobre el terreno. La oposición a Assad no tenía por qué acabar en una invitación a la intervención occidental; pero una vez que la OTAN entra en la refriega, gane quien gane, el pueblo pierde. La declaración de los Comités de Coordinación Local de Siria del 29 de agosto de 2011 era muy clara al respecto. Un gobierno de transición impuesto, unas elecciones prefabricadas como hoja de parra y un líder tejano-sirio lanzado en paracaídas como nuevo primer ministro no servirán para resolver la miseria social de las poblaciones agrícolas pobres donde nació el movimiento de protesta<sup>10</sup>. Incluso en esta etapa, una solución negociada sería la mejor manera de deshacerse de Assad y sus secuaces. Pero parece que la suerte está echada: el Imperio quiere la caída del régimen.

### *Islamistas en el poder*

La diferencia entre Argelia en 1991 y Egipto y Túnez desde 2011 radica en la cautelosa autorización de Washington a que islamistas de la línea blanda entren a formar parte del gobierno, aunque vigilados por el ejército y el Ministerio del Interior. La descripción que ofrece Bayat de estas fuerzas como «posislamistas» afanadas en construir una sociedad piadosa aceptando un Estado laico falsea la verdadera política en juego. El modelo es el del AKP turco: una economía neoliberal, fuertes vínculos militares con Washington y connivencia *de facto* con la ocupación israelí de la tierra palestina. Puede que sea demasiado pronto para realizar un balance sobre el gobierno de los Hermanos Musulmanes en Egipto o el de Ennahda en Túnez, pero su actuación hasta la fecha es instructiva. Las conversaciones entre funcionarios estadounidenses y la Hermandad egipcia se aceleraron en cuanto el CSFA expulsó a Mubarak del poder. Jairat al Shater, principal ideólogo de los Hermanos, ofreció seguridades de que quería «seguir profundizando» la relación estratégica de Egipto con Washington, de que acataría el tratado firmado por Sadat con Israel y de que cumpliría los acuerdos de suministro a Israel de petróleo y gas a bajo precio<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Sobre Ghassan Hitto, véase Franklin Lamb, «A Draft-Dodging, Zionist Friendly, Right-wing Texan Islamist to lead Syria?», *CounterPunch*, 22-24 de marzo de 2013.

<sup>11</sup> «Khairat Al-Shater to *Al-Ahram*: We Are Not at War with Anyone», *Al-Ahram*, 29 de enero de 2012; véase también «Khairat Al-Shater: The Brother Who Would Run Egypt», *Wall Street Journal*, 23 de junio de 2012.

Sin embargo, cuando se celebraron las elecciones presidenciales en junio de 2012, el CSFA se las apañó para presentar a un candidato del *ancien régime* –Ahmed Shafik, último primer ministro de Mubarak– asegurándose de que obtuviera suficientes votos como para que el Departamento de Estado tuviera, por lo menos, otra opción. Si no podían llegar a un acuerdo con Mohammed Morsi y los Hermanos, siempre podrían contar con Shafik, y los militares se encargarían de sofocar las protestas populares. El 24 de junio de 2012, una semana después de las elecciones, la tensión quedó desactivada: Washington dio luz verde a la victoria de Morsi y la Comisión Electoral santificó formalmente el triunfo electoral de los Hermanos Musulmanes. En su primera visita de pleitesía a la Casa Blanca, Morsi ronroneó:

El presidente Obama ha sido muy, muy comprensivo, y solo puedo decir que sus hechos coinciden con sus intenciones. Hemos discutido cuestiones como el alto el fuego, que es muy importante, y luego podremos hablar de las diferencias entre palestinos e israelíes [...]. Ambas partes están hablando de diferencias. Nosotros queremos que hablen de similitudes [...]. Ahora estamos trabajando en ello tanto como podemos<sup>12</sup>.

El trabajo en cuestión incluye la vigilancia de las fronteras de Gaza y el cierre de los túneles que son el único sustento económico para los dos millones de habitantes encerrados en el gueto masivo de la Franja. En septiembre de 2012 Morsi se comprometió a cerrarlos. El ejército egipcio ha comenzado a inundarlos con aguas residuales<sup>13</sup>.

En Túnez, Ennahda y su líder Rachid Ghannouchi se esfuerzan por consolidar su control sobre el país, dieciocho meses después de las elecciones de octubre de 2011. La situación constitucional está todavía en proceso de cambio y el nuevo proyecto todavía no ha sido ratificado. La economía se ha deteriorado, con una tasa de desempleo del 17 por 100, un aumento de la inflación y escasos cambios en el empobrecido interior del país, a pesar de los discursos sobre la reorientación del desarrollo hacia la zona meridional, tradicionalmente desatendida. Las condiciones de un préstamo del FMI en 2012, todavía en fase de negociación, incluyen recortes en las subvenciones a los combustibles y el aumento del impuesto sobre el valor añadido. El estancamiento y las luchas armadas en Mali y Siria han contribuido a fortalecer las

<sup>12</sup> «We're Learning How to Be Free», *Time*, 28 de noviembre de 2012.

<sup>13</sup> «To Block Gaza Tunnels, Egypt Lets Sewage Flow», *The New York Times*, 20 de febrero de 2013.

milicias salafistas que arremeten contra la federación sindical UGTT [Union Générale Tunisienne du Travail], que convivió durante años con el régimen de Ben Alí antes de movilizarse en su contra en enero de 2011. El asesinato del dirigente de izquierdas más popular del país, Chokri Belaid, en febrero de 2013, sobre el que Ennahda niega toda responsabilidad, dio lugar a una manifestación de duelo masiva y a enfrentamientos callejeros que provocaron la dimisión del primer ministro, Hamadi Jebali, secretario general de Ennahda, quien había ofrecido a la multitud un gobierno nacional compuesto por tecnócratas, en el que no participaría Ennahda, hasta la promulgación de la nueva Constitución, y nuevas elecciones; ese programa contaba con el respaldo de la UGTT, el ejército, la patronal y las embajadas occidentales y argelina. Ghannouchi lo reemplazó por un islamista más duro, Alí Laarayedh. La crisis ha provocado un intenso debate público con la izquierda laica sobre si el objetivo real de Ennahda, a pesar de su aparente moderación, consiste en establecer un régimen autoritario confesional y marginar a sus oponentes laicos mediante la represión y el asesinato. De lo que no cabe duda es de que en Ennahda existe una corriente favorable a esa línea. El propio Ghannouchi, más astuto que Morsi (lo que no es difícil), dice estar a favor del modelo turco. En su caso, eso significa dejar de lado a París y estrechar las relaciones con Washington.

### *¿Una larga revolución?*

En el momento culminante del panarabismo, cuando Nasser se permitía nacionalizar el canal de Suez, resistir el ataque de venganza anglo-franco-israelí y responder a la presión económica occidental recurriendo a la ayuda soviética para la construcción de la presa de Asuán, los Hermanos Musulmanes se alineaban decididamente con los objetivos del imperialismo occidental. Hubo tres intentos de los Hermanos de asesinar a Nasser, y fue esto lo que llevó a la prohibición de la organización, la detención de sus dirigentes y la lamentable ejecución de su ideólogo más dotado y complejo, Sayyid Qutb. Durante la Guerra Fría los grupos islamistas de todo el mundo musulmán aceptaron la financiación estadounidense por diversas vías, una de las cuales era el régimen wahabí de Arabia Saudí, a fin de organizar sus bases en contra del comunismo ateo. Las referencias a esas organizaciones en los manuales estadounidenses de ciencia política eran entonces muy favorables. Durante medio siglo los nacionalistas árabes, los socialistas, los comunistas y otros

estuvieron enzarzados en una batalla contra los Hermanos Musulmanes por la hegemonía en el mundo árabe. Podrá gustarnos más o menos, pero son los Hermanos Musulmanes quienes la han ganado.

Los frutos de su victoria se demoraron al coincidir con el aplastamiento de la primera Intifada por Israel y con el avance militar de Washington en el corazón de Eurasia, trazando un arco bélico en tierras musulmanas desde el Mediterráneo oriental hasta Kabul y provocando con ello inevitablemente la cólera política. Pero el «posislamismo» de Ankara –y al parecer, también el de El Cairo– ha demostrado su capacidad de tragarse incluso esa píldora. Los palestinos, abandonados por los Estados árabes, han sido derrotados no sólo militarmente, sino también políticamente. Los Acuerdos de Oslo han tenido un resultado aún peor de lo que preveía Edward Said al caracterizarlos como el «Versalles palestino». Aunque pueda seguir sobre la mesa un estadito-bantustán, cualquier idea de una solución equitativa de dos Estados ha sido descartada, con la connivencia de la dirección de la OLP y su policía secreta, a cambio del enriquecimiento de la burocracia de esta organización mientras ve sufrir a su gente. Sería deseable abandonar la ficción de que la Autoridad Palestina es algo más que un complemento de las Fuerzas de Defensa israelíes que proporciona dignatarios a los que se puede pasear y exhibir como «buenos palestinos», y reconocer fríamente la realidad declarando a los palestinos ciudadanos sin derechos de un único Estado binacional. Lo que es evidente es que las esperanzas de quienes sacrificaron sus vidas en los vertiginosos días de la Primavera Árabe están lejos de cumplirse. Los aparatos represivos permanecen intactos y los gobiernos «islamistas moderados», cuyos hombres fuertes son Morsi y Ghannouchi, más que ofrecer algún tipo de paliativo socialdemócrata, se someten a la presión de Occidente recortando las subvenciones a los alimentos y combustibles. Las promesas de «justicia social» de los Hermanos Musulmanes siguen siendo deliberadamente vagas, mientras cortejan complacidos a los inversores extranjeros y Al Shater solicita a un banco, propiedad en parte de un hijo de Mubarak, que le organice reuniones con los financieros occidentales, mientras otros Hermanos destacados elogian la política económica de Mubarak<sup>14</sup>. Ambos partidos islamistas son conscientes de que sus victorias electorales fueron posibles gracias a las revueltas, a las que no se unieron hasta estar seguros de su éxito. La capacidad de las masas para derrocar a dos presidentes les ha dado fuerza y la concien-

---

<sup>14</sup> Avi Asher-Schapiro, «The GOP Brotherhood of Egypt», Salon.com, 24 de enero de 2012.

cia alcanzada no se ha evaporado en ninguno de los dos países, lo que sigue siendo un obstáculo real para la aceleración o profundización de la política neoliberal de sus gobiernos. Una de las lecciones a extraer de los levantamientos en ambos países es que sin un instrumento político o sin la creación de nuevas instituciones desde abajo, la gente vota por lo que le parece la mejor oferta. En Egipto los Hermanos Musulmanes colaboraron con el régimen de Mubarak a la vez que se resistían a él. Aceptaban la zanahoria y también el palo, y los recuerdos de este último ayudaron a llevarlos al poder. Pero su futuro dependerá de su capacidad para hacer frente a la enorme crisis social que subyacía bajo las explosiones de 2011.

Bayat concluye sus reflexiones sobre los primeros resultados de la Primavera Árabe con algunos comentarios más generales sobre los medios posibles y deseables para un cambio social fundamental hoy día. En un brinco sorprendente, pasa a asociar el término «reforlución» —crear «un entorno más favorable para la consolidación de la democracia electoral»— con la idea de Raymond Williams de una «revolución larga». Tenemos ahí, escribe, «otra concepción del término “revolución”», y así es, pero no de un tipo que pueda complacer a los practicantes de la *reforlución* como ruta improvisada a la siguiente solución política. Para Williams, la revolución sería larga en su elaboración y aún más larga, quizá, en su cumplimiento, precisamente por el alcance y profundidad de la transformación que afronta; pero no sería gradual en el sentido que proponen los reformistas y eclécticos actuales. «La condición para el éxito de la revolución larga en cualquier sentido real es naturalmente una revolución corta», dejó escrito<sup>15</sup>. Puede suceder más pronto o más tarde en el proceso, pero es un momento ineludible. El marco conceptual de la revolución larga ofrecía un medio para resistir, en la teoría y en la práctica, la rebaja de las expectativas —un horizonte limitado a la consecución del sufragio universal, cierto nivel de vida, determinada edad para el fin de la escolarización— que de por sí resultaba un serio obstáculo para un genuino avance democrático, industrial y cultural, argumentaba. También sugirió la necesidad de verificar las condiciones reales de desarrollo y exigió identificar y contrarrestar las fuerzas —«las agencias del poder y el capital, del engaño y la desinformación, todas ellas con nombre»— que operan continuamente para bloquear o limitar cualquier avance<sup>16</sup>. El acomodo con ellas, como Bayat propone, no es ni puede ser una opción aceptable.

---

<sup>15</sup> Raymond Williams, *Politics and Letters*, Londres, 1979, pp. 420-421.

<sup>16</sup> Raymond Williams, *The Long Revolution*, Londres, 1961, pp. 12-13; y *Towards 2000*, Londres, 1983, p. 268.



